

PREFACIO

¡Hay algo que la gente todavía recuerda sobre el Imperio romano es que cayó. Se trata sin duda del dato más conocido sobre la antigua Roma, del mismo modo que Julio César es el romano más famoso del mundo. La caída de Roma es un acontecimiento memorable debido a la larga vida de su Imperio: después de la muerte de César perduró más de quinientos años en Italia y las provincias occidentales, mientras que el Imperio de Oriente duró tres veces más, dado que los emperadores se mantuvieron en el poder en Constantinopla hasta el siglo xv. El Imperio romano fue también excepcionalmente grande —ninguna otra potencia ha controlado jamás todos los territorios que circundan el Mediterráneo— y dejó sus huellas y su influencia en numerosos países. Aún hoy sus monumentos resultan espectaculares: el Coliseo y el Panteón en la propia Roma, además de teatros, acueductos, villas y vías repartidos a todo lo largo y ancho de sus provincias. Ningún otro estado de cualquier época construiría una red tan inmensa de caminos hasta el siglo xix... y en muchos países ese tipo de infraestructura no existiría hasta el siglo xx. El Imperio romano suele considerarse muy moderno y sofisticado (cristales en las ventanas, calefacción central, casas de baños y cosas por el estilo), sobre todo por los que visitan los museos y monumentos. Todo esto hace todavía más sorprendente su caída, en especial porque, en comparación con la vida en el Imperio romano, el mundo que surgió de entre sus ruinas resulta tremendamente primitivo. La denominación de «Edad Oscura» para la Edad Media está muy arraigada en la mente de la gente, a pesar de que es un término que los estudiosos han dejado de utilizar hace mucho tiempo.

¿Por qué se hundió Roma? Éste continúa siendo uno de los grandes interrogantes de la historia. En el mundo anglófono, la «caída» está inevitablemente ligada a la «decadencia», porque el título de la monumental obra de Edward Gibbon ha quedado firmemente grabado en la conciencia colectiva. Ningún otro libro de historia del siglo xviii ha sido publicado con tanta regularidad en diversas formas y ediciones hasta el día de hoy. Se han escrito muchísimos más libros sobre el tema, y algunos han presentado un análisis más perspicaz del asunto, pero ninguno ha cuestionado el puesto de Historia de la decadencia y caída del Imperio romano como una de las obras fundamentales de la literatura inglesa. En los últimos años de su vida, a Gibbon le gustaba pensar que convertirse en historiador y escribir la crónica de la caída de Roma había sido una elección del destino. Afirmaba que la inspiración le había llegado en un momento específico:

Estaba en Roma, era 15 de octubre de 1764 y me hallaba sentado meditando entre las ruinas del Capitolio mientras los monjes descalzos cantaban las vísperas en el templo de Júpiter cuando la idea de relatar la decadencia y caída de la Ciudad brotó en mi mente por primera vez.¹

Gibbon escribió varias versiones de esta anécdota, lo que dio pie a la sospecha de que había embellecido o incluso inventado ese recuerdo. Por otra parte, todo visitante con imaginación puede sentirse invadido por pensamientos similares, ya que en el centro de la antigua Roma se tiene la sensación de que el pasado y el presente están muy unidos. Los «monjes descalzos» ya no son tan numerosos, y en los alrededores del Foro han sido reemplazados por los omnipresentes vendedores ambulantes que en un abrir y cerrar de ojos pasan de ofrecerte unas gafas de sol a venderte un paraguas cada vez que el tiempo cambia. Hasta las masas de turistas avanzando por la Vía Sacra contribuyen a recrear la impresión del ajetreo y el bullicio de la antigua urbe, que era tan dinámica y albergaba tanta actividad como la moderna ciudad que ahora lo rodea.

Roma no es sólo un museo, sino también una comunidad llena de vida, la capital de un país moderno, así como el centro internacional de la Iglesia católica. Los vestigios de su antigua gloria conviven codo con codo con los hogares de los romanos, sus oficinas y sus restaurantes. Roma nunca fue abandonada, aunque a lo largo de los siglos que siguieron a su caída su población se redujo de forma drástica desde el máximo alcanzado en el momento de esplendor del Imperio. Aparte de la capital, muchas otras ciudades modernas se han construido sobre cimientos romanos, algo que resulta evidente en los trazados en cuadrícula de sus planos urbanos. Otras desaparecieron por completo y las situadas en zonas desérticas nos brindan algunas de las ruinas más románticas del planeta. Cuando cayó el Imperio romano, la vida no se detuvo sin más en las tierras que habían estado bajo su control. Sin duda, el contexto en el que se desarrollaba la existencia de sus habitantes había cambiado, en algunos casos de forma dramática y veloz, pero en otros de manera mucho más gradual. Como han explicado ya los especialistas de ese periodo, en la Edad de las Tinieblas no todo eran tinieblas, aunque, juzgándola por cualquier criterio razonable, la vida era bastante tenebrosa en comparación con el periodo romano. Muchas cosas adquirieron un carácter más local, como el poder y el comercio, y con frecuencia el mundo era un lugar mucho más peligroso. Las razias y las guerras entre comunidades vecinas eran ahora una posibilidad muy real. En poco tiempo ya no quedaba nadie que contara con bastante dinero o habilidad para construir grandes monumentos, como teatros, acueductos o caminos, y, con los años, empezó a resultar cada vez más difícil mantener los que ya existían. Los especialistas no se ponen de acuerdo sobre cuándo, cómo y por qué el mundo dejó atrás la época romana y se

convirtió en la base del mundo medieval que fue tomando forma a lo largo de los siguientes siglos. Ahora bien, que ese cambio se produjo no lo duda nadie.

Gibbon admiraba los logros que alcanzó el Imperio romano en su momento de máximo esplendor, como todos los europeos cultos de la época, pero esa admiración no mermaba en lo más mínimo su entusiasmo por el mundo moderno, y en especial por la Constitución de su propio país, donde el poder del monarca debía someterse al control y guía de la aristocracia. Gibbon sabía que su propio país y sus vecinos del otro lado del Canal provenían de las diversas tribus de bárbaros que se habían repartido el Imperio romano. Por tanto, con el tiempo, del caos y la destrucción había surgido algo bueno y, desde su perspectiva, el mundo —o al menos el mundo occidental— había evolucionado en la dirección correcta. Esa actitud ambivalente respecto a la caída de Roma sigue siendo una parte clave de la fascinación que despierta en nosotros. Nos sirve como recordatorio de nuestra mortalidad. Todos los emperadores que erigieron los grandes arcos del Foro murieron, como cualquier otro ser humano. Con el paso de los años, su Imperio —tan rico, tan poderoso, tan sofisticado y tan absolutamente seguro de sí mismo— también llegó a su fin, y sus monumentos fueron desmoronándose y transformándose en ruinas.

La imagería de la antigua Roma a menudo ha sido invocada por estados más recientes por sus paralelismos con las más altas cimas del poder y la civilización. No pasa mucho tiempo antes de que se empiece a hablar del destino final de Roma. Los que viven dentro de las grandes potencias modernas suelen considerarlo como una cura de humildad, un recordatorio de que todo pasa, y tal vez como una advertencia contra la complacencia y la corrupción. Los que no forman parte de esas potencias y, en especial, aquéllos a quienes molesta que otros acumulen tanto poder, tienden a preferir el endeble consuelo de creer que la actual potencia, en algún momento, también caerá. Muchos países han sido comparados con el Imperio romano. Hace un siglo la comparación más natural habría sido el imperio británico y, después, quizá Francia o uno de los otros grandes imperios de la época. Hoy en día, se compara inevitablemente con los Estados Unidos de América.

La forma varía, al igual que el tono. En los últimos años, el exitoso novelista Robert Harris ha escrito sobre temas romanos, declarando explícitamente que era un modo de hablar sobre los actuales Estados Unidos. La BBC también ha emitido una serie de televisión presentada por Terry Jones, ex componente de los Monty Python, sobre los bárbaros (Barbarians), que gira en torno a la idea de que la reputación de otras naciones ha sido mancillada por la propaganda romana. Era un programa muy entretenido, aunque el mensaje estuviera un poco forzado (los griegos se habrían sentido muy sorprendidos de verse considerados bárbaros, ya que fueron los primeros que acuñaron el término para referirse al resto del mundo). En algunas entrevistas realizadas durante esa época, Jones dejó claro que estaban estableciendo un paralelismo directo con la superpotencia estadounidense, y criticó abiertamente la guerra de Irak. Para muchos, criticar a Roma se ha convertido en un modo de criticar la política y la cultura estadounidense, lo que, inevitablemente, influye sobre su visión de ambas potencias.²

Aún más habituales son las críticas más suaves y menos pormenorizadas. En cierto tipo de fiestas, cuando descubren que soy historiador de la Antigüedad, casi siempre hay alguien que se ve impelido a comentar que «Estados Unidos es la nueva Roma». Muy a menudo, ese comentario viene seguido por un petulante «por supuesto, no son capaces de verlo». Pues bien, como mínimo, esa última afirmación es una falsedad absoluta, ya que los estadounidenses han estado comparando su país con Roma desde su fundación. En la configuración del nuevo país, los padres fundadores aspiraron de modo consciente a imitar las virtudes de la república romana y a evitar su ruina final. Por otra parte, lo cierto es que, en la actualidad, las diferencias entre los sistemas universitarios tienden a dar lugar a que los estadounidenses con estudios superiores posean un abanico de conocimientos más amplio que sus homólogos británicos. Muchos de los ingenieros o médicos de Estados Unidos habrán hecho un curso o dos de historia, o incluso de la Antigüedad clásica, algo inimaginable a este lado del Atlántico. Ésa es una de las razones por las que las analogías romanas siguen siendo extraordinariamente comunes en Estados Unidos, y las hacen de forma rutinaria los propios políticos, así como los periodistas, los comentaristas políticos y el público en general. Normalmente su razonamiento parte del supuesto de que Estados Unidos, como única superpotencia que queda en el mundo, ejerce un poder que ningún otro país había alcanzado desde el esplendor del dominio romano.

En el verano de 2001 participé en un seminario de dos días organizado en Washington por el Centro de Evaluaciones Estratégicas y Presupuestarias, subvencionado por el gobierno estadounidense a través de la Oficina de Evaluación Neta. Seis historiadores fuimos invitados a un buen hotel en Washington DC (como comenté uno de los miembros de más edad y más prestigio del grupo: «Es evidente que no son conscientes de con qué estamos acostumbrados a conformarnos los académicos»). Allí dimos nuestras conferencias y hablamos sobre las magníficas estrategias de diversas superpotencias a lo largo de la historia. Representábamos sólo una pequeña parte de una serie más extensa de seminarios y sesiones de investigación cuyo objetivo era recopilar información que pudiera servir para anticipar el futuro de las relaciones entre Estados Unidos y China, la gran potencia emergente. Las charlas y debates eran apasionantes y

fascinantes, en especial porque en los círculos académicos es muy raro que los congresos cubran un espectro tan amplio de periodos, entre los que se contaban el Primer Imperio Francés, la Alemania de la primera y segunda guerras mundiales y la política de la marina británica a principios del siglo xx. Sin embargo, me llamó poderosamente la atención el hecho de que a dos de los seis historiadores presentes nos pidieran que habláramos sobre distintos periodos de la historia romana.

La verdad es que para un historiador es una sensación bastante extraña hablar ante un público que realmente está escuchando lo que dice. En el ámbito universitario, la mayoría de los asistentes suele estar pensando más en lo que escribirán al respecto en su próximo artículo. Además, el tema tratado es, literalmente, sólo de interés «académico» y, por mucho entusiasmo que despierte en nosotros, esa emoción se debe únicamente a que nunca perdemos la esperanza de descubrir la verdad. Impresiona bastante pensar que, aunque sea a partir de una conexión muy leve, casi insignificante, alguien pueda intentar perfilar su política basándose en tu análisis. Por supuesto, esa idea hace que la mente se concentre de un modo que no consigue una reunión puramente académica. Resulta aún más importante lograr llegar a la verdad en la materia de la que eres especialista. Al mismo tiempo, la idea de que un organismo gubernamental esté intentando aprender una lección de la historia es muy alentadora. De nuevo, es mucho más probable que algo así ocurra en Estados Unidos que en Gran Bretaña.

Muchas personas piensan que existen claras semejanzas entre la antigua Roma y el mundo moderno. Con una diferencia abrumadora en comparación con el resto, los comentarios y las preguntas al respecto han sido las más frecuentes durante las entrevistas concedidas para promocionar mi biografía de Julio César. Así ha sucedido en todas partes, pero en especial en Estados Unidos. Con todo, las conclusiones que la gente extrae de ese paralelismo son muy dispares e, inevitablemente, tienen mucho que ver con sus propias creencias políticas. Siempre ha resultado fácil aprender lecciones de la historia, pero demasiado a menudo lo único que se hace es utilizar el pasado para justificar ideas modernas. Si observamos con atención el Imperio romano, enseguida descubrimos enormes diferencias con cualquier estado moderno, incluyendo a Estados Unidos, aunque eso no significa que sea imposible aprender del pasado, sino sencillamente que debe hacerse con considerable cuidado y una buena dosis de precaución.³

Éste no es un libro sobre los actuales Estados Unidos de América y su lugar en el mundo, un tema sobre el que otras personas están en mucha mejor posición para escribir que yo. Es un libro sobre la caída del Imperio romano —que se desmoronó en Occidente y del que, con el tiempo, no quedaron más que unos pequeños restos en Oriente—, cuyo objetivo es comprender la historia en sus propios términos y en su propio contexto. Los historiadores no son siempre los mejores profetas. Sólo unos meses después de que tuviera lugar el seminario que he mencionado unas líneas más arriba se produjo el atentado de las Torres Gemelas en Nueva York. En vista del profundo cambio experimentado en el orden de las prioridades inmediatas, supongo que el informe que se redactó una vez concluida la serie de conferencias está ahora acumulando polvo en alguna parte. Estoy bastante seguro de que alguno de los asistentes al seminario comentó brevemente que China no era la única amenaza seria y que el petróleo y el Golfo Pérsico seguían teniendo un peso importante, pero puede que me lo esté imaginando. Desde luego, ninguno de nosotros dio la impresión de haber previsto que poco tiempo después Estados Unidos y sus aliados estarían inmersos en dos conflictos de envergadura. Yo, personalmente, nunca hubiera imaginado que el ejército británico regresaría a Afganistán, al otro lado de la antigua frontera noroccidental.

Este libro habla sobre Roma, un imperio desaparecido hace muchos siglos, y de un mundo en el que la tecnología y la cultura eran muy distintas de lo que son en la actualidad. Comprender ese mundo es el único modo de entender la caída de Roma y dudo mucho que llenar páginas y más páginas con constantes referencias al presente nos ayude a ello. Es francamente extraño leer estudios sobre el periodo romano en los que se describe el «impacto y terror» provocado por la invasión de Gran Bretaña en el año 43. Aún resulta más raro que el análisis de la desaparición de una provincia romana sirva de punto de partida para criticar a Bush y a Blair y la guerra de Irak.⁴ La caída del Imperio romano no fue rápida, sino que fue el final de un proceso muy lento, y eso debería servirnos como advertencia contra el peligro de magnificar los acontecimientos de la actualidad y sus posibles consecuencias a largo plazo sobre los países. Durante la última década, Gran Bretaña ha sido un lugar bastante deprimente: varios ministros cuya incompetencia, corrupción o flagrante falsedad ha quedado a la luz, se han pegado como lapas al poder, negándolo todo primero, para por fin confesar y pedir disculpas con la esperanza de que eso fuera suficiente. La burocracia y las leyes siguen creciendo al mismo ritmo, mientras que la eficiencia básica de las instituciones declina, volviéndolas incapaces de llevar a cabo hasta las tareas que, en principio, parecen más simples. Y, sin embargo, mientras el número de funcionarios sigue aumentando, el tamaño de las fuerzas armadas disminuye precisamente en el momento en que están más implicadas en campañas de la máxima importancia. Sería fácil extraer paralelismos con el Imperio romano en el siglo iv. El tono de superioridad moral de muchas leyes actuales sin duda está en sintonía con los últimos decretos de la Roma imperial, al igual que el evidente fracaso de

tantas de esas medidas para cumplir ese objetivo. Es poco probable que este tipo de comparaciones nos ayude en nuestro análisis del Imperio romano y se trataría sólo de un gesto de autocomplacencia del autor. Lo primero es lograr comprender la historia. Sólo cuando hayamos llegado al final de nuestro análisis será posible trazar algunos paralelismos con la situación actual e incluso extraer algunas lecciones para el presente, algunas de las cuales tendrán más que ver con la naturaleza humana que con una medida política concreta. No pretendo afirmar que esas ideas sean especialmente profundas u originales, aunque eso tampoco significa que no sean importantes o que no sean aplicables a toda institución humana, ya se trate de un país o de una empresa. Deberíamos sentirnos agradecidos de que muchos aspectos de la experiencia romana no estén presentes en absoluto en nuestra realidad actual. La vida pública no es violenta, y las rivalidades políticas en las democracias occidentales no desembocan en una guerra civil.

No obstante, tal vez sí haya una lección que merezca la pena aprender de nuestra propia época. Prácticamente todas las noches, las pantallas de televisión nos muestran terribles imágenes de la violencia en Irak y otras zonas en guerra. Hace sólo unos días se ha producido un incidente especialmente nauseabundo: dos chicas con síndrome de Down recibieron instrucciones de adentrarse en una multitud llevando consigo sendas bombas. Los explosivos fueron detonados por control remoto, asesinando a sus portadoras junto con las demás víctimas. Como suele ser habitual, éstas fueron mayoritariamente civiles, sin ninguna conexión con el gobierno o Estados Unidos y sus aliados. Incidentes tan espantosos como éste deberían recordarnos que hay seres humanos capaces de matar a personas que son sus vecinos. La atención de los medios de comunicación se centra forzosamente en estas atrocidades. Ese tipo de hechos son noticia, mientras que la apacible vida cotidiana no lo es. Lo que es necesario que recordemos es que la violencia y la rutina del día a día coexisten. Los bulliciosos mercados, donde la gente va a comprar comida y otros artículos necesarios, son objetivos comunes de terroristas suicidas o del fuego de mortero y otro tipo de ataques. A sólo unas calles de un atentado, la vida diaria seguirá adelante casi como si nada hubiera pasado. Los adultos van al trabajo y los niños al colegio, la gente cocina y come, duerme en sus camas y hace cosas tan normales como casarse. La vida continúa porque, en realidad, no hay más remedio. Algunas personas decidirán huir, pero para muchos la huida no es posible. La violencia dificulta todas las cosas, y su amenaza hace que el miedo no sólo afecte a las víctimas directas sino a muchas más personas. Sin embargo, la vida continuará. Merece la pena recordar esa verdad cuando estudiamos el desmoronamiento de la autoridad romana, el final del poder imperial y las invasiones bárbaras. Tal vez entonces nos sintamos menos impresionados al constatar que algunos aspectos de la cultura romana han sobrevivido, o que la ocupación de un invasor no tiene como resultado la huida o la extinción de todas las comunidades ocupadas.

Tras concluir el libro sobre César, me pareció que analizar la caída del Imperio romano era, por lógica, el proyecto que debía emprender a continuación. En ciertos sentidos supone una desviación de mi actividad habitual, porque hasta la fecha había estudiado y escrito sobre todo acerca de periodos anteriores de la historia romana. Aun después de haber pasado los últimos años trabajando en este libro, sigo viéndome como una especie de advenedizo en este campo y espero que esta circunstancia sirva para ofrecer una perspectiva que los especialistas en un periodo perdemos con facilidad. Las obras de muchas otras personas han hecho posible que yo escriba este libro. Desde que, hace aproximadamente una generación, el Bajo Imperio romano se pusiera de moda, la bibliografía sobre el tema es muy vasta y cuenta con algunos de los ejemplos más innovadores e impresionantes de erudición existentes en cualquier aspecto del estudio del mundo antiguo. Por tanto, los recién llegados al campo podemos saquear a nuestro antojo un conjunto de estudios que abordan casi cualquier aspecto de la historia de esos siglos. Desde el principio debo reconocer mi deuda con esos historiadores y arqueólogos, muchas de cuyas obras se encuentran citadas en las notas y la bibliografía. Al mismo tiempo, la principal razón por la que deseaba escribir este libro era un sentimiento de insatisfacción con no pocas conclusiones y supuestos que figuran en esas obras. No existe una explicación aceptada de forma generalizada para la caída del Imperio romano de Occidente en el siglo v. La palabra «caída» ha dejado de estar de moda entre un sorprendente número de estudiosos del periodo y muchos prefieren hablar de cosas como «transformación», aceptando que hubo un cambio, pero presentándolo bajo una luz más suave. Unas pocas voces se han elevado contra ese optimista retrato, pero parece que cualquier sugerencia de declive sigue siendo considerada una herejía. El Imperio del siglo iv, en particular, suele describirse como sólido en lo fundamental, quizá incluso más fuerte y eficiente que el mundo de Augusto o Adriano. Yo, sencillamente, creo que eso no es verdad, y espero poder demostrar que no tiene ningún sentido a la luz de la evidencia, por no hablar del sentido común. Además, es importante explicar los motivos de la caída de la potencia romana y, curiosamente, el factor principal suele pasarse por alto. Un estudio académico resumiría y enumeraría los argumentos y análisis de todos los principales

contribuyentes al debate sobre un tema. Ese tipo de material les encanta a los historiadores y es una herramienta esencial de su oficio. También resulta mortalmente aburrido para cualquier otra persona. En esta obra, el nombre de los especialistas se menciona en contadas ocasiones en el texto principal, las referencias a sus obras pueden encontrarse en las notas finales. La gran mayoría de lectores, con toda la razón, harán caso omiso de ellas, pero las he incluido como ayuda para aquellos que deseen leer más sobre el tema, o para aquellos que deseen rastrear el camino que me llevó a las conclusiones que presento en esta obra. Las notas y la bibliografía no son exhaustivas y, de forma algo injusta, en general he incluido en la lista únicamente obras en inglés, ya que muchos textos extranjeros sólo están disponibles para la minoría de lectores que tienen acceso a una buena biblioteca universitaria.

En el siglo ii d.C. el Imperio romano era la potencia más poderosa del mundo conocido. Se podría decir que era la superpotencia de su tiempo, entendiendo ese término en el sentido más general. No pretendo definir palabras como superpotencia, potencia o ni siquiera imperio. Esas clasificaciones tan rígidas son muy comunes, pero, en mi opinión, pocas veces resultan instructivas. En el seminario de Washington, recuerdo a un académico cuya obra admiro inmensamente afirmando sin rodeos que el imperio británico no era un verdadero imperio. Sin duda, lo que quería decir era que no reunía todas las características de los demás imperios, pero resulta difícil saber qué se gana con una definición tan estricta. No son necesarias etiquetas tan artificiales para demostrar que, hacia finales del siglo vi, el poder, la prosperidad y el tamaño del Imperio romano se habían visto enormemente reducidos.

De la misma manera, apenas he utilizado los términos modernos «Bizancio» y «bizantino», y cuando he hecho referencia a los emperadores que gobernaban desde Constantinopla los he llamado romanos, aun cuando ya no controlaban Italia ni la propia Roma. Así es como se hacían llamar ellos mismos. La exactitud de términos como «germánico» y «tribu» se debaten ahora acaloradamente. Los he empleado porque no existen mejores alternativas. Asimismo, en ocasiones la palabra «bárbaro» es conveniente. Ninguno de estos términos debería interpretarse con demasiada rigidez.

Este libro abarca más de cuatro siglos y no puede aspirar a describir toda la historia del periodo con igual detalle. Sería fácil ampliar cada uno de los capítulos y crear con cada uno de ellos una obra de similar longitud al libro entero. Ya he dicho que en las notas finales se citan estudios más detallados. He intentado mantener una narrativa coherente, aunque a veces ha sido conveniente centrarse en los hechos relacionados con un área antes de tratar acontecimientos que tuvieron lugar en otras zonas. Algunas cuestiones como la religión, las leyes y la sociedad en general son abordadas con mucha brevedad por motivos de espacio, es decir, no porque esos temas no fueran importantes, sino simplemente porque tuvieron menos repercusión en el lento desmoronamiento de la potencia romana. Una altísima proporción de las fuentes que se conservan son cristianas y habría sido muy fácil que este libro se convirtiera en una historia de la Iglesia de esos siglos. Una vez más, sería en sí misma una obra interesante, pero se trataría de una digresión de nuestro auténtico tema. Mi lema ha sido centrarme siempre en los factores y hechos que llevaron a la caída del Imperio. Ésa es la historia que este libro intenta contar. Indudablemente, se trata de una historia de decadencia y de caída.